

UNA AVENTURA EN EL MUSEO STOM

Cuando Mauricio bajó los vidrios de su viejo y destantalado auto, una brisa fresca reanimó a Carolina, su esposa, y al pequeño Benjamín, el hijo de ambos, eliminando la pereza causada por el intenso calor. Aunque la ruta Hualqui-Chiguayante forme parte de la cotidianidad del grupo familiar, a Mauricio y Carolina, nunca ha dejado de maravillarlos. Así, contemplando el reflejo del sol sobre la ondulante corriente del Biobío, bordeando el cerro y su verdor, avanzaron “serpenteando” las múltiples curvas que el camino les ofrece.

-¡Hoy haremos algo diferente y el itinerario será una sorpresa!-, dijo Mauricio.

De pronto estaban a las puertas de un universo de múltiples objetos que conducían a un viaje al pasado. Una imponente figura polinésica de noble madera les dio la bienvenida y los ojos de los visitantes se rindieron cautivados al encuentro con lo desconocido.

Carolina le dijo a Benjamín: -Tenemos mucho tiempo para mirar. El museo cierra a las seis de la tarde-, y de paso le advirtió: -Aquí está prohibido tocar los objetos, solo podemos observar-, a lo que su hijo respondió afirmativamente con un movimiento de cabeza.

La curiosidad del niño hacía imposible mantenerlo quieto, era la primera vez que se encontraba ante tal cantidad de extrañas figuras, todas para él desconocidas. Muy pronto se distanció de sus padres emprendiendo su propio recorrido, mezclándose con otros visitantes.

Una colección de cámaras fotográficas, artículos ópticos, vehículos antiguos, instrumentos musicales de colección, eran algunas de las llamativas piezas en exhibición. De pronto, un amplio gramófono llamó la atención de Benjamín, quien miró por el orificio del alta voz, cuya trompa roja lo atrajo con una fuerza magnética y poderosa; eran los acordes de una sajuriana conduciéndolo a un tiempo lejano por él ignorado. En ese mismo momento se acercó una mujer con sombrero; llevaba un vestido en forma de campana, tan largo que rozaba el

suelo. La aristocrática dama le sonrió, y con su mano enguantada tomó los binoculares en exposición, entregándoselos a Benjamín; -los necesitarás-, le dijo y se alejó.

Benjamín continuó su recorrido hasta que la figura de un maniquí provocó su interés; este vestía un traje indígena y estaba ataviado con joyas de plata. Benjamín lo miró a través de los lentes y en ese mismo momento sintió el sonido hipnótico del trompe; su melodía envolvente lo llevó en dirección a una vieja canoa, donde dos aborígenes semidesnudos lo invitaban a subir, sin dudarlo Benjamín aceptó y en un segundo ya estaba arriba. En cuanto el niño se acomodó en la canoa, sintió el rumor de las aguas, indicándole que debía aferrarse con fuerza a la pequeña embarcación. Al instante los jóvenes indígenas remaron río abajo, y el cauce encrespado era un sinfín de monedas de plata que se agitaban destellantes a los rayos del sol. En fracción de segundos se encontraron sobre las negras arenas de una playa. Benjamín contempló la desembocadura del Biobío, donde el río se abraza con el mar. A través del prismático pudo percatarse de la

presencia del buque “San Pedro” y su tripulación de españoles, quienes desde la cubierta, en solemne ceremonia, tomaron posesión de las tierras.

Benjamín y sus acompañantes abandonaron la canoa y continuaron su viaje adentrándose en la espesura del bosque, luego se detuvieron frente a un grupo de mapuches; allí, en una prueba de destreza se encontraba el toqui Lautaro. La bella Guacolda lo observaba con admiración, seducida por el valor y talento del joven libertador de Arauco.

A cierta distancia se divisaba una ruca; Benjamín fue hacia ella y entró. Una mujer morena de cabello trenzado le ofreció un pocillo colmado de piñones que el niño recibió entusiasmado.

Volvió a mirar por el prismático y ahora estaba nuevamente frente a la mujer elegante que lo guiaba hasta una locomotora a carbón. Rápidamente subió a tomar ubicación. Un oscuro y denso vapor emanaba por la chimenea y su potente pitazo asustó a Benjamín, quien cubrió sus oídos con las manos. Mientras el tren iniciaba la marcha, escuchó que lo llamaban, eran sus padres que

haciéndoles señas corrían por el andén para alcanzar el vagón, sin embargo ya era tarde y este siguió su curso. El tren se arrastraba como una cuncuna gigante sobre los rieles ferroviarios. Desde su asiento, Benjamín tenía una vista panorámica, permitiéndole apreciar los verdes sembradíos que se alineaban formando ángulos geométricos, que cambiaban de posición como un ejército de soldados, preparándose no para la guerra, sino para la próxima cosecha.

Observó a través del visor y al instante se vio inmerso en un sector rural de Chillán, allí se celebraba una trilla a yegua suelta. Mientras las mujeres preparaban una mesa al aire libre donde abundaban empanadas, carne asada, ensaladas, dulces, mistela y vino tinto; en otro espacio del terreno, un gran montículo de trigo era removido por un par de campesinos, mientras tres hábiles jinetes bien montados, arreaban a sus caballos girando en círculos, aplastando las espigas para separar el producto en trigo y paja. Una vez concluida la labor, Benjamín se unió a otros niños que se escondían en la dorada montaña para luego dar volteretas, riendo de buena gana.

El pequeño abandonó la jugarreta cuando escuchó una música proveniente de una mujer que guitarra en mano cantaba una cueca; un grupo numeroso la rodeaba haciendo palmas, otros tantos bailaban animados. Luego continuó con un vals un poco triste que hablaba de la pena que se siente en el alma cuando el amor no es correspondido. Benjamín se acercó para mirar el movimiento de sus dedos marcando los acordes, ella advirtiendo la curiosidad del niño le sonrió guiñándole un ojo. Cuando terminó de cantar y todos aplaudían, Benjamín se aproximó sigilosamente para preguntarle al oído en un tono casi imperceptible, cuál era su nombre, y ella le respondió con la misma cautela, susurrando: Violeta.

Uno de los hombres que participaba en el baile y al que los demás llamaban patrón, lucía un hermoso reloj de bolsillo; tomándolo de la cadena lo destapó y Benjamín alcanzó a ver la hora, faltaba un minuto para las seis de la tarde, solo ahí recordó las palabras de su mamá. Percatándose de que el museo estaba a punto de cerrar, miró a su alrededor buscando los binoculares, pero estos ya no

estaban. Cuando el niño se encontraba al borde del llanto, vio a un hombre joven, solitario y pensativo, contemplando el paisaje a través de los prismáticos; Benjamín se acercó y el hombre de mirada profunda, filosofaba diciendo: “La naturaleza no nos pertenece, nosotros pertenecemos a ella”; en seguida le habló de la belleza que tienen las palabras, dichas en el lenguaje de todos los días; finalmente le entregó los binoculares y con paso cansino se alejó; no supo su nombre, incluso llegó a dudar de la existencia del enigmático ser, quizás solo fue un “hombre imaginario”, frente a un paisaje imaginario, soñando con un mundo mejor.

Rápidamente observó por el visor y al instante se encontró en un rincón del museo, extasiado frente a un telescopio, evocando la luna llena cuando asoma por el horizonte. De pronto su mente dejó de divagar, percatándose de que todos los visitantes se habían retirado; solo quedaban sus padres que al encontrarlo lo “sermonearon” furiosos, preguntándole dónde se había metido; Benjamín se limitó a guardar silencio.

Mauricio y Carolina se despidieron agradecidos del encargado del museo por autorizarles permanecer más allá de la hora de cierre e incluso colaborar en la búsqueda del niño.

Cuando todos estaban en el auto y este se aproximaba a la calle principal para iniciar el regreso a casa, desde el asiento trasero, Benjamín preguntó: -Papá, ¿Cómo se llama esta calle?-, – Manuel Rodríguez- respondió Mauricio, -¿sabes quién fue él?- agregó. –Claro, un héroe de Chile- contestó el niño.

Mauricio y Carolina continuaron el trayecto rumbo al hogar en el viejo y destartado auto familiar, pero Benjamín no viajaba con ellos, se había montado en el brioso caballo del valiente guerrillero, y a todo galope retornaba a casa, reviviendo junto al ingenioso y astuto patriota, alguna de sus hazañas en la lucha por la independencia de nuestro hermoso y recóndito país.